

Espacios y caracteres Calvino y México

FLAVIO GONZÁLEZ MELLO

La muerte de Italo Calvino coincidió con la de miles de mexicanos, aquel funesto 19 de septiembre de 1985. Su deceso quedó minimizado por la catástrofe y sólo mereció una breve nota en las páginas interiores de algún periódico nacional. Muchos de sus lectores no nos enteramos hasta varios meses después, cuando empezaron a circular obras “póstumas” de un escritor que muchos creíamos vivo.

Ésa sólo fue la última coincidencia de Calvino con México. El escritor era cubano por nacimiento; algo bastante normal, para un italiano, eso de nacer del otro lado del planeta. “Soy de San Remo; tan soy de San Remo que hasta nací en América”, solía declarar. En octubre de 1923 el padre de Calvino, agrónomo de profesión, se encontraba dirigiendo una estación experimental de agricultura en la isleña localidad de Santiago de las Vegas, adonde, según los biógrafos, había emigrado con su mujer (una botánica de Sassari) tras haber pasado un par de décadas en México. Así que poco faltó para que el escritor naciera en el México posrevolucionario —en realidad, todavía bastante revolucionado: tan sólo cuatro meses antes Villa había sido asesinado, probablemente para evitar que respaldara la inminente rebelión delahuertista. Según palabras de Calvino, su padre “vivió la Revolución Mexicana en tiempos de Pancho Villa”. ¿Sería posible que hubiera conocido al caudillo del Norte y que, como agrónomo, lo hubiera asesorado en ese proyecto de granjas agrícolas para sus tropas con el que, según Reed, fantaseaba? Se trata, claro está, de meras especulaciones altamente improbables. Lo que parece probable es que las anécdotas contadas por su padre sobre México y sus revolucionarios hayan pasado a formar parte de su mitología infantil, que, ya se sabe, suele ser la materia prima de los escritores.

El curioso itinerario de la familia Calvino permite entender de manera distinta el hecho de que el escritor haya formado parte del jurado que, en 1964, le otorgó el Premio Casa de las Américas a *Los relámpagos de agosto*. No se ha-

bría tratado tan sólo de un italiano que, invitado a Cuba por su filiación comunista, vota por una novela mexicana aparentemente lejana de sus intereses temáticos; sino más bien de un cubano, de regreso a su patria por primera vez en 40 años, que premia un libro donde, a través de la crónica falsamente testimonial de una malograda rebelión (inspirada, precisamente, en el alzamiento delahuertista de 1923), se retrata esa revolución de la que sus padres habían sido testigos. Desde luego, ése no debe haber sido el único factor que motivó su interés, ni siquiera el más importante: como otras novelas de Ibarguengoitia, *Los relámpagos de agosto* parece encarnar las famosas propuestas de Calvino para el próximo

milenio (en Italia se les conoce con el menos rimbombante título de *Lecciones americanas*), en particular, la rapidez y la exactitud. Como sea, *Los relámpagos de agosto*, y el premio que se le otorgó en Cuba, marcan el final de la accidentada carrera de Ibarguengoitia como dramaturgo y el inicio de su afortunado desarrollo como novelista. Curiosamente, de toda la obra del guanajuatense, tal vez lo más cercano a Calvino en estilo y temática sean las tres deliciosas piezas breves (*El loco amor viene*, *El tesoro perdido* y *Dos crímenes*) escritas poco antes de abandonar la dramaturgia, a la manera de pequeñas fábulas teatrales ubicadas en escenarios lejanos y fantásticos.

Más allá de estas coincidencias (en una novela no lo serían), es posible hallar en la obra de Calvino alusiones explícitas a México, particularmente en la novela breve *Bajo el sol jaguar* y en el apartado sobre México de su *Colección de arena*. El origen de ambos textos está en un breve viaje a Oaxaca hecho en 1976 —es decir, en los albores del lopezportillismo, ese enloquecido apogeo del régimen

priísta. En *Bajo el sol jaguar*, Calvino retrata las costumbres de los políticos locales, tan dados a ofrecer discursos y banquetes; 32 años después, y a ocho de la derrota del PRI en las elecciones presidenciales, la descripción de Calvino sigue siendo sorprendentemente vigente (sobre todo para Oaxaca). También encontramos apuntes sobre conductas sociales típicas de nuestro chauvinismo, como la del autoasumido anfitrión que, cuando los ve regresar de Monte Albán, empieza “más que a informarse de lo que habíamos visto, a señalarnos lo que seguramente habíamos dejado de ver en los lugares donde habíamos estado, y que sólo habríamos visto si hubiéramos estado con él; esquema de conversación que los conocedores apasionados de un país se sienten obligados a aplicar con los amigos de visita, siempre con las mejores intenciones, pero que consigue estropear el placer del que regresa de un viaje muy orgulloso de sus pequeñas o grandes experiencias”.

Los tres artículos sobre México de la *Colección de arena* (originalmente escritos para el periódico *Corriere della Sera*) versan sobre asuntos botánicos: el árbol de Tule (“sin duda, el ser vivo más viejo que me haya tocado conocer”), el árbol genealógico en bajo-relieve de la bóveda de la Iglesia de Santo Domingo, y la selva que rodea (y devora) Palenque. Imposible dejar de pensar en la profesión de la madre de Calvino, que posiblemente le haya enseñado a su hijo esa peculiar manera de observar una realidad a través de los detalles de su flora. La idea de un México exuberante (tanto en su naturaleza como en su arte barroco), de un México redundante, tautológico, desborda estas páginas como un reto al espíritu clásico y racionalista de su autor: “Por temperamento y educación siempre he estado convencido de que sólo cuenta y sobrevive lo que está concentrado hacia un fin. Ahora el árbol del Tule me desmiente, quiere convencerme de lo contrario”. Mientras que en Palenque “la maraña vegetal se espesa también en mi cabeza aturdida por el sol y por los vértigos de estar subiendo y bajando esas escarpadas escalinatas, y entre las ramificaciones de argumentos me parece atisbar, de vez en cuando, una razón decisiva, que un instante después se esfuma”.

Este mareo del hombre racional sujeto a las contradicciones de su propio pensamiento es también el tema de *La jornada de un escrutador*, novela publicada en 1963 y que, aunque no tiene nada que ver con México, tal vez sea el texto de Calvino que más relación guarda con nuestra historia reciente. El protagonista es Amerigo (¿qué otro nombre podía ponerle un americano llamado Italo a su alter-ego italiano?) que, como el propio autor, funge como representante de casilla del Partido Comunista en las elecciones de 1953,

en las que los partidos en el poder intentaron hacer valer una nueva ley electoral (“Ley-Chanchullo”, la bautizó la oposición) por la que la coalición que hubiera obtenido el 50% más uno de los votos obtendría una mayoría automática de dos tercios en la Cámara. A Amerigo le toca una casilla ubicada en el interior de un manicomio atendido por monjas, las cuales amablemente “ayudan” a los enfermos mentales a cruzar la boleta (sobre el emblema de Democracia Cristiana, por supuesto). Hay, pues, razones para desconfiar del proceso, pero también una tendencia previa y general hacia la desconfianza, derivada de la “costumbre táctica de su partido” y asumida como consigna filosófica por el personaje (que, sin embargo, en cierto momento se pregunta si su escepticismo no será en realidad producto de su propio sentido de inutilidad, de su abulia).

Retrato esencialmente psicológico aunque con agudas pinceladas políticas y sociales, *La jornada de un escrutador* presenta una izquierda que, ya en 1953, estaba marcada por la contradicción: “El pecho de un solo comunista podía albergar dos personas juntas: un revolucionario intransigente y un liberal de antología”; entre más esquemático y sin matices se vuelve el comunista, más brillos y bajorrelieves adquiere el liberal. El protagonista ve desfilar frente a sí a los retrasados mentales de esa esperpéntica democracia en miniatura, mientras se debate hamletianamente entre asumir sin pudores su papel de denunciante o entregarse por completo al nihilismo: “Las elecciones aquí, si uno se descuidaba, terminaban por convertirse en una especie de acto religioso. Para la masa de los votantes, pero también para él: la atención del escrutador a los posibles fraudes terminaba siendo capturada por un fraude metafísico. Vistos desde aquí, desde el fondo de esta condición, la política, el progreso, la historia ni siquiera eran concebibles (estamos en la India), cualquier esfuerzo humano por modificar lo que está dado, cualquier intento de rechazar la suerte que toca al nacer, resultaban absurdos (es la India, es la India, pensaba, con la satisfacción de haber encontrado la clave, pero también con la sospecha de estar rumiando lugares comunes)”.

Amerigo decide cumplir su rol de opositor y pugna porque a los enfermos se les deje votar sin ayuda de las monjas. Mientras espera, junto con el resto de la mesa directiva, a que una viejecita emita su voto en el interior del cubículo portátil que le han llevado hasta su cama, reflexiona: “Somos como Caperucita Roja visitando a la abuela enferma [...]. Tal vez, cuando quitemos el cubículo, ya no esté la abuela sino el lobo’. Y luego: ‘Toda abuela enferma es siempre un lobo’”. ~